

TARDE XLIII

EL BUEN ECLESIASTICO

El que en su vida arreglado
Á todos da buen ejemplo,
El que al servicio del templo
Solicito y esmerado
Concorre; que desvelado
El bien de su grey procura;
Aquel cuya vida pura
Es como brillante espejo
Y con obras y consejo
Enseñare, es un buen cura.

Palemon enseñó todas sus posesiones á Mr. Roland, en lo que pasaron una buena parte del dia. Por la tarde, reunidos en el emparrado, continuó así su historia :

Concluye la historia del mal padre.

Como os dije ayer, estábamos muy bien en casa del buen cura de Serville, aunque temíamos que aquel dichoso estado no podia ser de larga duracion, porque no se conciliaba con nuestra delicadeza ser tanto tiempo gravosos á este hombre excelente; sin embargo, nos aprovechábamos de cuantas diversiones se nos proporcionaban. Por la mañana disfrutábamos las delicias del campo, y por la tarde leíamos ó nos ocupábamos en varios jue-

gos. El hijo de un labrador vecino, llamado Juan, era de nuestra tertulia, y siempre sentíamos el momento en que se separaba de nosotros, porque sobre ser ahijado del párroco, parecía un mozo completo; y aunque algunas veces se mostraba melancólico y taciturno, suponíamos que tendría pesares que á nadie quería confiar.

Una tarde que el párroco, su hermana, Sofía y mi madre jugaban á los naipes, me entretuve en dar á Juan una leccion de escribir, porque lo hacia muy mal. Hízome poner mi firma muchas veces sobre un papel blanco para admirar la variedad de mis rúbricas, que las hacia graciosísimas. Escribí pues mi apellido de mil maneras; en esto me llamó mi madre para consultarme una jugada; luego volví á la mesa donde escribía, y aunque no hallé en ella el papel de mis firmas, no concebí el mas leve recelo, y continué en dar leccion á Juan, el cual á cierta hora se despidió de nosotros hasta el dia siguiente. Pero se pasaron este y otros tres sin que le viésemos, y al cuarto dia supe de él de un modo bien cruel. Pasaba cierto destacamento por el pueblo para ir de guarnicion á una ciudad muy distante, y salí á ver la tropa, prometiendo á mi madre que volveria al instante; pero apenas me interné en el pueblo, me vi preso por dos soldados y un oficial, el cual mirándome con mucha atencion me dijo: ¿No os llamáis Roland? — Sí, señor. — Venid con nosotros; muy mal habéis hecho en no presentaros ántes, y mereciais un severo castigo; pero por primera se os perdonará esta falta. — ¿Qué falta? — ¡ Linda pregunta! ¿no sois soldado? — ¿Yo soldado? — ¡ Bravo! haceos tonto: ¿podéis desmentir vuestra firma? — ¿Mi firma?

Entónces el oficial me mostró una filiacion en toda forma y firmada de mi mano, con lo cual conocí al instante el lazo en que me habia hecho caer el perverso Juan. El papel en que me habia hecho firmar estaba doblado; el blanco le habia llenado extendiendo mi obligacion de servir por seis años; y habian cortado con tanto artificio todas las demas firmas mias, que solo quedó en el papel la primera que habia echado, y que era la que siempre usaba. ¡Cómo! exclamé; ¿ha podido Juan engañarme de esta suerte? — Juan no ha hecho mas que ayudar las intenciones de vuestro padre; y ademas es tan soldado como vos. — ¿Soldado? — Sí, pero no nos detengamos en discursos inútiles: seguidnos ahora mismo. — ¡ Gran Dios! ¿no podré avisar á mi madre?... — Es imposible; la compañía va desfilando, y no podemos detenernos un instante en el pueblo.

Insistí, supliqué y rogué con tanto ahinco á este feroz oficial que me concediese la gracia de ver á mi madre, que se resolvió á acompañarme. ¡ Qué golpe tan terrible íbamos á dar á la madre mas tierna! Llegué con el oficial, y hallé á mi madre almorzando tranquilamente con el cura y la madre de Sofía. Atónitos de ver conmigo un oficial, se levantaron; yo me arrojé á los brazos de mi madre, y no teniendo fuerza para significarle mis nuevas desdichas, lloré en su alterado seno. — ¿Qué es esto, hijo mio? ¿qué tienes? — Señora, respondió el oficial, abrazad á Roland, y despedios de él, porque es soldado de mi compañía. — ¡Soldado! exclamaron todos admirados. Expliqué por menor á mi madre la traicion de Juan por instigacion de mi padre, y la pobre señora se estremeció; pero el párroco con mucha gravedad dijo al oficial: Caballero, las injusticias no deben sostenerse; no tenéis derecho para quitar su libertad á este jóven por medio de una traicion, y yo acudiré á vuestros superiores. — Apelad á quien quisiereis, respondió friamente el oficial; pero entre tanto, yo me llevaré á mi soldado ahora mismo. Vamos andando.

Mi madre se postró á los piés del oficial que despreció su llanto: el párroco, enternecido con este espectáculo, dijo que no permitiría que me sacrificasen de este modo; y preguntó al oficial: ¿cuánto se necesita por su licencia? — ¿Su licencia, señor cura? no se le puede dar, porque se va á declarar la guerra, y necesitamos gente. — Sin embargo, no ignoráis que aquí en todo tiempo se puede rescatar un soldado: de consiguiente no nos podéis negar el rescate de este por la cantidad acostumbrada. — Pero, señor, se necesita bastante dinero. — Yo no sé lo que se necesita; aquí tengo veinte y cuatro luises de oro: ved si queréis aceptarlos; pero de lo contrario, os advierto que pediré al rey justicia, y puede ser que os arrepintáis de haber contribuido á maldad tan enorme.

Aunque el oficial conocia que su conducta sería reprobada por sus superiores, se hizo algo de rogar; al fin recibió la cantidad y me dejó libre. Le preguntámos cómo se habia preparado este asunto: nos dijo, que al pasar por San German se le habia presentado mi padre, y me habia pintado con los mas feos colores, suponiendo que era un pícaro libertino de quien queria deshacerse, y que por tanto le habia empeñado en que á toda costa procurase hacerse con mi firma. El oficial, que hacia ocho dias que habia enganchado á Juan sin saberlo su familia, entregó á este cierta cantidad, que pagó mi padre, á fin de que, mediante la libertad con que nos trataba, me hiciese caer en el lazo. Lo consiguió per-

fectamente; y este miserable, precisado á vender su libertad por efecto de su mala conducta, habia implicado en su desgracia al que llamaba su buen amigo.

Mucho indignó al buen párroco tan vil accion de su ahijado; dijo que no volveria á verle, y nos suplicó que omitiésemos todas las demostraciones de gratitud. ¡Qué grandeza de alma! ¡privarse por nosotros de lo poco que habia podido ahorrar! ¡hacernos tantos beneficios, y duplicar su precio por medio de tan singular modestia! ¡qué contraste entre la conducta de mi padre y la de este eclesiástico! ¿Es creible que un padre haya sido capaz de multiplicar tantas acciones criminales contra un hijo que no tenia otro delito que el de amar á su desdichada madre? ¡Oh vosotros, niños felices, que tenéis padres indulgentes, compasivos y virtuosos, cuán poco conocéis vuestra felicidad! Bastaria que padecierais la cuarta parte de lo que yo he padecido, para que supieseis apreciar vuestra feliz situacion. ¿Qué le quedaba ya que hacer á mi padre contra un hijo inocente? ¿se valdria de nuevos resortes para perseguirme? Todo era de presumir de su parte; y las consecuencias vinieron á probar que no habia yo llegado todavía al término de sus vejaciones.

¡Considerad, amigos míos, cuál sería nuestra ternura para con un sacerdote á quien debíamos tanto! Volvimos á nuestros inocentes placeres, y no supimos mas de Juan. Tratábase de llevar al convento á Sofia; y esta jóven se manifestaba muy resignada, sin mostrar la mas leve repugnancia, pues de lo contráριο su tío nunca hubiera violentado su alvedrio, aunque conocia que cuando una jóven ha llevado una vida escandalosa y quiere enmendarse, no le queda partido mas seguro que retirarse á un claustro, como asilo el mas propio de penitencia. Sabía al mismo tiempo que es menester muy verdadera vocacion para un estado tan austero; y que llevar al claustro las inclinaciones que se han seguido en el mundo, es hacer un infierno perpétuo del retiro pacífico de la virtud. Habia sondeado muy bien la disposicion de su sobrina, manifestándola todas las obligaciones que iba á contraer, para que no las sellase con un eterno juramento si no se sentia con espíritu bastante para cumplirlas: pero Sofia estaba resuelta; y ella y su madre conocian que el partido mas sano era el de un religioso retiro. Tal era este hombre virtuoso amigo de la religion que enseñaba; poniendo en práctica sus deberes sin pedantismo ni afectada austeridad. En su casa era amable y festivo; presenciaba los honestos juegos de los jóvenes; en una palabra era un padre

tierno de todos sus feligreses, y un modelo de sacerdotes. No satisfecho con lo que hasta entónces habia hecho por mí, trataba de procurarme alguna ocupacion útil. Habia escrito á Paris á un amigo para que me proporcionase algun destino en que pudiese vivir sin separarme de mi madre; tenia ya prometida por su amigo esta gracia, y esperaba concluir el asunto de Sofia para participarnos el buen estado de nuestros asuntos, cuando la malignidad de mi padre turbó de nuevo nuestra paz, y llenó de confusion toda la casa. Noticioso de que yo habia conseguido mi libertad, y furioso por ver desvanecidos todos sus proyectos de venganza contra mí, dirigió sus baterías por otra parte; y se manejó del modo mas odioso para descomponernos á mi madre y á mí con el buen párroco, que era á quien únicamente temia.

La vispera del dia en que Sofia se habia de separar de nosotros, el señor cura y mi madre recibieron á un mismo tiempo dos cartas de mi padre: una para el párroco y otra para mi madre: en las dos nos acusaba á Sofia y á mí de estar en relaciones ilícitas, manifestando que a aquella habia sido su querida, y que yo le habia arrebatado su amor: excitaba contra los dos el odio del cura y de mi madre, y amenazaba á esta de que muy en breve le veria ir á reclamar sus derechos sobre ella y sobre mí.

El efecto que el contenido de estas cartas produjo en el buen eclesiástico y en mi madre es indecible; comunicáronselas respectivamente, llamaron á Sofia y despues á mí, y de ambos supieron la parte de verdad que contenian, así como las razones de prudencia y delicadeza que nos habian impedido revelarlo, y los dos quedaron convencidos de nuestra inocencia y de la increíble perversidad de ánimo de mi padre. Pocos momentos despues llegó este reclamando del párroco nos pusiese á su disposicion, pero fué rechazado con indignacion, y se retiró prorumpiendo en terribles amenazas.

Al dia siguiente entró Sofia en el convento, y dos dias despues entabló mi madre el recurso de separacion, el cual segun las apariencias debia producir el resultado de vernos libres de tantas persecuciones. Con este motivo tenia que hacer continuos viajes á Paris, adonde yo solia acompañarla, y como la distancia es corta íbamos á pié.

Una tarde que regresábamos ambos de practicar várias diligencias, salieron de un bosque tres hombres enmascarados y armado de pistolas, los cuales nos intimaron que nos dejásemos atar y conducir hasta una silla de posta que á corta distancia del camino

estaba. Yo no llevaba mas armas que un palo, quise no obstante resistirme, pero dos de ellos me desarmaron con la mayor facilidad y empezaron á sujetarme los brazos. Mi madre entónces sorprendiendo al tercero le quitó una pistola que llevaba á la cintura, la disparó contra uno de los que me sujetaban y le penetró el tiro por un costado, cayendo desfallecido en tierra: apenas vieron esto los otros dos huyeron precipitadamente: no dudámos mi madre y yo que esta fuese una nueva asechanza de mi padre: ya nos poníamos de nuevo en camino para el lugar á reclamar auxilio para el herido, cuando este volviendo en sí y esforzando la voz, empezó á llamarnos: ¡ Esposa!... ¡ Hijo mio!... socorredme. Atónitos al oír estas palabras, corrimos á su socorro: le descubrimos el rostro y en efecto era mi padre..... Llenos de pesar, olvidando lo que por él habíamos pasado, procurámos cubrir la herida, le pusimos en el carruaje, que nos dijo era suyo, y le condujimos á casa de nuestro protector, donde no obstante haberle prodigado cuantos auxilios reclamaba su situacion, solo los espirituales pudieron alcanzarle, pues al dia siguiente espiró. Poco ántes de morir nos hizo acercar á su lecho, y con débil voz nos habló de esta manera:

« Voy á espirar, y el velo del vicio que me cegaba, desaparece enteramente. No veo mas que mis errores, y el furor con que he perseguido á una esposa honestísima y á un hijo respetuoso, y que estas persecuciones me conducen al sepulcro. Yo, esposa mia, no puedo culparte por mi muerte; ¡ no quiera Dios que incurra en tal injusticia! tú no podías presumir que yo, acompañado de dos auxiliadores de mis ideas, queria arrebatarte juntamente con tu hijo: un movimiento de desesperacion y de ternura maternal te ha proporcionado, sin saber cómo, la mas justa venganza. Yo te destinaba para víctima de la traicion mas horrenda, que deberia quedar sepultada conmigo en eterno silencio; pero que voy á revelar, á fin de que esta confesion sincera sirva de expiacion de mis crímenes, y pueda dulcificar la amargura que mi pérdida podria causaros. En vuestro seno y en el de este respetable ministro del Altísimo, voy á depositar esta terrible confesion; nunca salga de vuestros labios: este es el único favor que os pido. Siempre persuadido de que mi hijo me habia arrebatado el corazon de Sofia, y de que su madre apoyaba tan criminal conducta, resolví perder á entrambos á toda costa. Cuando vi que mi esposa solicitaba el divorcio, y que ante los jueces se hacian patentes mis desaciertos, me enfurecí; y conviniéndome con un oficial de marina, mediante

una cantidad que le entregué, tratámos del rapto de madre é hijo, llevaros despues hasta Brest, y sepultaros en un navío que mandaba el oficial, y que al instante debia hacerse á la vela.

» Este, mi criado y yo nos disfrazámos, y os esperámos á la entrada del bosque por donde habiais de pasar al volver de Paris. Nuestra idea no era causaros daño alguno, sino únicamente asustaros, haceros subir á la silla de posta que habria dirigido mi criado, y darme en ella á conocer para que vosotros intimidados con mi presencia no hicieseis resistencia alguna. No temia peligro alguno, pues sabia que mi hijo, que era quien podia oponerse á mis intentos, no llevaba armas. Esta confianza fué mi castigo, y caí bañado en mi sangre por la generosa quanto inesperada resolucion de mi esposa. El oficial, que ya estaba pagado, y mi criado, huyeron abandonándome á mi suerte: ¡ conducta ordinaria de los malvados! Este es, amigos míos, el infame proyecto de venganza que yo habia concebido. Á no ser por tan manifiesta disposicion del cielo, os hubierais visto prófugos y sin asilo en nuestras colonias, ó abandonados en alguna isla desierta. El golpe mortal que he recibido ha iluminado de repente mi entendimiento: todos mis vicios se presentan á mi débil imaginacion, y oigo la verdad que no puede desconocer el hombre á las puertas del sepulcro. Siempre conocí mis injusticias, pero nunca tanto como ahora. Aborrezco mi conducta, y estoy tan arrepentido, que si el cielo prolongase mi vida, no la emplearia mas que en haceros felices. Pero ya es tarde: ha llegado el dia de mi destruccion... ya para mí ha sonado la hora de la muerte, y estos cortos instantes debo emplearlos en mi provecho espiritual: perdonad mis crímenes, y si os fuere posible no aborrezcáis mi memoria.»

Así habló mi padre; y nosotros le protestámos que su pérdida nos era infinitamente sensible. Nos encargó que en su nombre pidiésemos perdon á Sofia, en quien siempre habia notado bellísimas disposiciones para volver al camino de la virtud. En seguida dispuso su testamento, por el cual nos instituía herederos de lo poco que habia quedado, y declaraba nuestra inocencia en su desgraciada muerte. Poco tiempo despues dejó de existir. Mi madre estaba inconsolable: fué preciso no perderla de vista para evitar algun extremo desesperado. Por fin, los saludables consejos del párroco calmaron poco á poco su dolor, y despues de hacer las exequias de mi padre fuimos á Paris para acabar de sincerarnos ante la justicia, y para arreglar los asuntos de intereses: y aunque slo de mi padre se hallaban en muy deplorable estado, pudimos

juntar la cantidad suficiente para comprar el molino que habito, y adonde vinimos huyendo de los países que nos habian sido tan fatales. En fin, á falta de otro recurso, me hice molinero; y ayudado de mi tierna madre, que era sumamente laboriosa, gozaba una vida tranquila y bastante cómoda. Mucho sintió nuestra falta el buen cura, que sobrevivió poco tiempo á mi padre, y murió en brazos de su hermana, la cual vivió algunos años manteniéndose con una mediana renta vitalicia que tenia, con la que tambien ayudaba á Sofía, que fué ejemplo de virtud en su convento. Mi madre sufria mucho: conocia yo que una pena interior la consumia, y por los mismo dupliqué todas mis atenciones para con ella; pero todo fué inútil: al cabo de cuatro años tuve la desgracia de perderla. No conoció en la vida mas que penalidades, y á no ser por la ternura maternal que sostenia su corazon, le hubiera sido imposible resistir al peso de las desgracias que la abrumaron desde el punto de su infeliz casamiento. Yo tambien me casé con una virtuosísima mujer que perdí despues de haberme hecho padre de dos hijos que están actualmente en Paris y me prometen una feliz ancianidad.

Tal es, amigos míos, la historia de mi desgraciada juventud. Ya habéis visto el cuadro de un mal padre y un mal esposo. Comparad ahora á vuestro padre con el mio, y decid si el cielo no os ha favorecido, mas que á mí, dándoos un padre tierno, virtuoso é indulgente, y sin embargo le causáis algunos disgustos: ¡ ah! ¿ qué hubierais hecho en mi situacion? Sabed, pues, hijos míos, apreciar vuestra felicidad, y haced todo lo posible para merecerla.

Así acabó Roland su historia, que habia interesado hasta lo sumo á los muchachos. El retrato de un mal padre era muy propio para hacer resaltar la bondad del suyo; así fué que todos, y Benito el primero, corrieron á abrazarle, prometiéndole reconocer este beneficio del cielo con su docilidad y firme resolucion de no hacer mas que lo que fuese de su agrado.

Palemon, embelesado del efecto que habia producido aquella terrible leccion, dió secretamente las gracias á su amigo Roland, el cual con gran complacencia de Benito se despidió y marchó á su molino.

TARDE XLIV

LA AVARICIA

¿ Ves ese hombre pensativo
Que pálido y demacrado
De continuo está azorado?
¿ Que insensible al atractivo
De todo humano incentivo,
Ningun objeto le es caro,
Por que es el único faro
Que le guia el interes?
Pues ahí donde le ves,
Ese hombre es un avaro

Con el perdon de Benito volvió la casa de Palemon á su estado normal. La alegría reinaba por todas partes; si la presencia de Roland habia mantenido la seriedad en aquel inquieto muchacho, su retirada habia destruido todos sus recelos; ahora ya se manifestaba mas afable con Leon y Julio, mas complaciente con Adela y mas galante con Enriqueta, lo cual causaba en Palemon una satisfaccion indecible.

El tiempo estaba hermoso, la naturaleza encantadora, y la multitud de espigas que los sembrados presentaban, prometian una abundante cosecha. Armando propuso ir al bosquecillo á coger guindas, provistos de pan para comerlas: la proposicion fué aceptada por unanimidad de votos, y partieron, llevando el mayor la racion de Enriqueta y Julio la de Adela. Las dos jóvenes